

CARTA PASTORAL

DEL

ILMO. SR. ARZOBISPO DE MEXICO

DOCTOR D. PRÓSPERO MARIA ALARCON

ACERCA DEL

APOSTOLADO DE LA CRUZ



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Telles

MÉXICO.

VENTA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS

Calle de Meleros, antigua Plaza del Volador.

1896

BX874

.A4

C3

1896

c.1

BX874

.A4

C3

1896

c.1

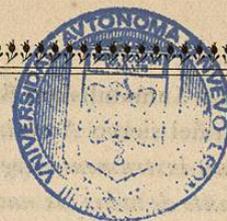
003742



1080027433



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

NOS EL DR. D. PROSPERO MARIA ALARCON
Y SANCHEZ DE LA BARQUERA, POR LA
GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓ-
LICA, ARZOBISPO DE MÉXICO,

*Al Ilmo. Sr. Dean y Cabildo de Nuestra Santa Iglesia Metropoli-
tana, al muy Ilustre Sr. Abad y Cabildo de la Insigne Colegiata de
Nuestra Señora de Guadalupe, al Clero Secular y Regular, y á todos
los fieles de este Nuestro Arzobispado, salud y bendicion en Nuestro Se-
ñor Jesucristo.*

AMADÍSIMOS HERMANOS É HIJOS NUESTROS:

Es una de las máximas con más frecuencia repetidas y con más interés recomendadas en las Sagradas Escrituras, la necesidad del padecer. Aun los gentiles conocieron los grandes bienes con que se enriquece el espíritu en las tribulaciones; y Epícteto compendia los esfuerzos que el hombre debe hacer para ser virtuoso, en estas dos palabras: *abstine, sustine*, "abstente, sufre;" sentencia, que adquiere incomparablemente mayor brillo y divina autoridad en el sagrado libro del Eclesiástico: "*Estréchate con Dios, y ten paciencia, á fin de que en adelante sea más próspera tu vida.*" Las ventajas riquísimas que proporciona la Cruz, nos las descubre con admirable expresion

40944

003742

B7874
 C3 A 4
 1896

nuestro amabilísimo Salvador cuando, hablando del convertido Saulo á su fiel siervo Ananías, le dice: "*Ve á encontrarle; que ese mismo es ya un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre y anunciarle delante de todas las naciones, y de los reyes y de los hijos de Israel.*" Altísima era ciertamente esta gloria á que se habia propuesto elevar á Saulo el divino Jesus.—"*Y yo le haré ver.....*"—¿Qué nuevas grandezas, Señor, vais á mostrar á ese hombre, que todavía ayer era vuestro enemigo, y hoy resulta ser ya instrumento dichosísimo de vuestra gloria? ¿Le mostrareis, como á vuestro regalado siervo David, *los secretos y recónditos misterios de vuestra infinita sabiduría?* ¿Acaso las numerosas conquistas que entre los gentiles llegará á conseguir con el poder de vuestra gracia? ¿Las estupendas maravillas que hará para propagar la gloria de vuestro nombre, la admiracion entusiasta que ha de excitar entre los sabios, y el tiernísimo amor con que han de venerarle los pueblos? No; no es eso lo que quiere mostrar el Señor al nuevo Apóstol para encadenarle con más suavidad á su servicio. "*Yo le haré ver, dice, cuántos trabajos tendrá que padecer por mi nombre.*" Y si recordamos, Hermanos é Hijos Nuestros amadísimos, que por premio de esos trabajos fué creciendo de tan singular manera la gloria de San Pablo, y agigantándose á tal grado su mérito, que el Señor quiso premiárselo aun en vida, elevándole hasta el tercer cielo y haciéndole gustar allí preludios suavísimos de la eterna gloria que gozan los bienaventurados; nos penetraremos, sin duda, de las inmensas ventajas que se obtienen con el cristiano padecer. Instituida con este fin la preciosa obra del *Apostolado de la Cruz*, de la cual tan ricos crecimientos de gracias esperamos conseguirán los fieles de Jesucristo, Nos ha parecido oportuno exponeros, con la posible claridad, la saludable doctrina en que se funda, y el objeto que en las almas se propone.

I

Si por dolorosa experiencia no nos constase que esta vida que llevamos sobre la tierra es vida de constantes sufrimientos, bastarianos para recordarlo aquella sentencia del Espíritu Santo en el sagrado libro de Job: "*El hombre nacido de mujer vive corto tiempo, y está ates-*

tado de miserias." Numerosas fueron ciertamente las que en la segunda época de su vida llovieron sobre este invicto modelo de paciencia; pero no sólo las conoce el que mucho sufre, sino que con tan triste lujo de exhibicion se ofrecen á los ojos de los hombres, que Salomon, uno de los más encumbrados personajes que han contemplado la luz del sol, rey poderoso y magnífico, por largo tiempo asediado de todos los envidiados goces que pueden proporcionar la majestad, la riqueza y el placer, confesaba al fin, hastiado y adolorido el corazon, que en todas las cosas habia visto tan sólo "*vanidad y asficción de espíritu.*" Y San Agustín, que entendía con mucha más claridad que aquel sabio rey la elevada filosofía del verdadero vivir, decia: "*¿Qué es el vivir mucho, sino estar mucho tiempo atormentado?*" Sólo puede en algun modo dulcificar esta amargura de la vida el verdadero amor de Dios, que nunca es más expresivo que cuando va felizmente acompañado del constante padecer. Bien lo sabia el Apóstol de las gentes, que destinado á ser vaso de eleccion sufriendo mucho por la gloria de su Dios, encontraba en esto compensaciones amplísimas, en tanto grado, que no pudiendo contener las avenidas de inexplicable contento en que sentía inundada su alma, vese como precisado á exclamar que "*rebosa de gozo,*" y que "*todo lo puede en Aquel que le conforta.*" Y no es de extrañar que á favor de tan eficaces consuelos con que parecia porfiar en enriquecerle el ansia misma de sufrir por el divino Jesus, se sintiese poseido de misteriosa fortaleza para lanzar, abrasado de divino amor, este valeroso reto, capaz de sobrecoger de admiracion á todo el universo: "*¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Será la tribulacion? ¿ó la angustia? ¿ó el hambre? ¿ó la desnudez? ¿ó el riesgo? ¿ó la persecucion? ¿ó el cuchillo?..... Seguro estoy de que ni la muerte, ni la vida, ni Angeles, ni Principados, ni Virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza ó violencia, ni todo cuanto hay de más alto ni de más profundo, ni ninguna otra criatura, podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo Nuestro Señor.*" Quien tan alto volaba en la seguridad del divino amor, con muy hondas raíces tenia que contar en el deseo de padecer. Y que el ardoroso Apóstol no se pagaba sólo de buenos deseos y animosos propósitos, lo confiesa él mismo, aunque tan humilde, escribiendo á los fieles de Corinto: "*¿Son ministros de Dios? (Aunque me exponga á pasar por imprudente) diré*

que yo lo soy más que ellos; pues me he visto en muchísimos más trabajos, más en las cárceles, en azotes sin medida, en riesgos de muerte frecuentemente. Tres veces fui azotado con varas, una vez apedreado, tres veces naufragué, estuve una noche y un día como hundido en alta mar á punto de sumergirme; me he hallado en penosos viajes muchas veces, en peligros de ríos, peligros de ladrones peligros en poblado, peligros en despoblado, peligros en la mar, peligros entre falsos hermanos; en toda suerte de trabajos y miserias, en muchas vigiliás, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez." Hé ahí, Hermanos é Hijos Nuestros amadísimos, el secreto de los consuelos dulcísimos del Apóstol, y de su cristiana seguridad en el amor á Jesucristo. El abad Deicola, en medio de sus voluntarios sufrimientos, aparecía siempre sereno y risueño el semblante, hasta el punto de causar admiración en todos los que le conocían; y cuando le preguntaban la causa de tan inalterable tranquilidad, respondía: "Nada hay que sea capaz de perturbarme, porque no hay cosa alguna que pueda separarme de mi Dios." Y bien sabemos que este mismo gozo en el sufrir sentían los apóstoles y los mártires; porque, como dice el Espíritu Santo en el sagrado libro de los Proverbios: "ningun acontecimiento podrá contristar al justo." Y justo es, con fundadas esperanzas de ir creciendo cada día en santidad, el que generoso se abraza con la Cruz, y cifra toda su dicha en padecer por Jesucristo.

Motivo de no escaso gozo debe ser para nosotros el sufrir, y así nos lo dice el Apóstol Santiago: "Tened, hermanos míos, por objeto de sumo gozo, el caer en varias tribulaciones." Cuando por tantos títulos se nos ofrece amable la Cruz, el Apóstol nos descubre con admirable sabiduría uno nuevo, que constantemente debiera atraer nuestras almas al amor del padecer. Tal es la regalada vocación con que Dios favorece á sus escogidos, según aquellas palabras de la Carta á los fieles de Filipos: "Por los méritos de Cristo se os ha hecho la gracia, no sólo de creer en él, sino también de padecer por su amor." Y esto mismo nos dice el Apóstol San Pedro: "Para esto fuisteis llamados á la dignidad de hijos de Dios; puesto que también Cristo, nuestra cabeza, padeció por nosotros, dándonos ejemplo, para que sigais sus pisadas." Ansioso anduvo siempre el divino Jesús de padecer por el hombre, y de que éste entendiese de una manera eficaz que en el sufrir estaba el

secreto de sus mayores méritos y de las más gloriosas victorias. A los que con la divina gracia se esfuerzan en levantar el vuelo á esas alturas, gózase el amabilísimo Redentor en premiarlos con nuevos favores y en tenerlos como suyos; y estas son las apreciables conquistas en que de antemano se gozaba su divino Corazón, cuando decía: "Cuando yo seré levantado en alto en la tierra, todo lo atraeré á mí," indicándonos con esto que en torno de la Cruz agrúpanse pacientes y gozosos todos los predestinados. Pero ¡ay! muchos son, por desgracia, los que forman en distinto campo, verdaderos enemigos de la Cruz, que atentos sólo á contentarse á sí mismos y olvidando los tormentos y amarguras que costaron al amabilísimo Jesús, esfuerzarse en pasar la vida de la manera ménos mortificada ó más cómoda, esquivando con ingeniosa constancia y toda suerte de hábiles recursos las más ligeras ocasiones de sacrificio. ¡Almas verdaderamente desdichadas, á quienes sin duda repetiría hoy el Apóstol de las gentes aquellas palabras gravísimas que un día dirigiera á algunos de los fieles de Filipos: "Porque muchos andan por ahí, como os decía repetidas veces (y aun ahora lo digo con lágrimas), que se portan como enemigos de la Cruz de Cristo." Triste es, en verdad, que estas almas culpablemente distraídas no reconozcan en serio que una de las mayores pruebas que de su amor y de su gratitud pueden dar á su Dios, es la de sufrir por Él. Sabido es que aquel santo religioso cuyas virtudes publica con encomio San Doroteo, al verse libre de tentaciones y amarguras con que por mucho tiempo venía probándole Dios Nuestro Señor, exclamaba inconsolable: "Pues ¡qué! Señor, ¿tanta es mi desdicha, que ya no me considereis digno de padecer por Vos?" No era menor ciertamente el ardoroso empeño que en padecer por amor á Jesucristo sentía Santa Teresa de Jesús: mostrándole á su Divina Majestad la Cruz, decíale con generosa decisión: *Aut pati, aut mori*; "Señor, ó padecer, ó morir." Y Santa María Magdalena de Pazzis, inflamada en estas abrasadoras ansias de sufrir por amor á la Cruz, parecía ir todavía más allá que su santa Fundadora, al decir con frecuencia á su divino Esposo: *Non mori, sed pati*; "No morir, Señor, sino padecer." ¡Admirable fortaleza la que inspira el amor nobilísimo de la Cruz, cuando aun en pechos femeniles se revela tan arraigada y poderosa!

II

Bien sabemos en cuánta estima tiene el sufrimiento el Salvador amabilísimo de nuestras almas, desde que con tanta solemnidad le pregonó como el sello de sus escogidos y prenda de predestinación; al decir: *"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y cargue con su Cruz, y sígame."* Esta preciosísima declaración de que al padecer por Jesucristo mostramos tenerle por guía y seguir con fidelidad sus pasos, debiera ser ya para nosotros motivo de purísimos consuelos; pero todavía se ofrece más poderosa razón para que nuestros corazones se dilaten con gozosísima dulzura, al recordar que el sufrir por el amantísimo Dueño de nuestras almas y llevar con Él animosos pesada Cruz, es prueba ciertísima y testimonio irrefragable de que á Él nos liga verdadero y generoso amor. El Espíritu Santo nos lo dice en el sagrado libro de la Sabiduría: *"Su tribulación ha sido ligera, y su galardón será grande; porque Dios hizo prueba de ellos, y hallólos dignos de Sí. Probólos como al oro en el crisol, y los aceptó como víctimas de holocausto; y á su tiempo se les dará la recompensa."* Bien conocía el Príncipe de los Apóstoles que por lo mismo que en la generosidad y constancia en el sufrir se revela lo fino y delicado del amor, tienen que ser galardonadas las Cruces de esta vida con las dulzuras inefables del cielo: *"Alegraos, dice, de ser participantes de la pasión de Cristo, para que cuando se descubra su gloria, os goceis también con Él llenos de júbilo."*

Felices son ciertamente los que sufren por amor de Dios: ésta es la dicha más pura, verdaderamente inamisible, que no vacilaba en preconizar el apóstol Santiago con estas palabras: *"Ello es que tenemos por bienaventurados á los que así padecieron."* Y lo que más abona todavía la necesidad y la excelencia del sufrimiento, es que nos enseñan á sufrir, aunque no sea por Dios, los mismos mundanos. No es necesario conocer muy por menudo las costumbres y aspiraciones que en el mundo reinan, para que podamos formarnos alguna idea de las continuas penalidades á que gustosos se someten, no por sólidas y duraderas ganancias, sino por mezquinas satisfacciones que pasan; *"para alcanzar,"* dice el Apóstol San Pablo escribiendo á los Corintios,

una corona perecedera, al paso que nosotros la esperamos eterna." Pero la tribulación nuestra debe ser perpetua; porque sería peligroso descender de la Cruz y mirar atrás en el camino de la perfección. *"Mientras vivimos, dice San Agustín, nunca es tiempo oportuno para arrancar los clavos que nos sujetan á la Cruz."* ¡Ah! Y ¡qué grato es á Dios Nuestro Señor contemplar el empeño que nos tomamos en la meritoria empresa de la mortificación! Tanto amaba Su Divina Majestad al santo rey David, que decía de él: *"He hallado á David, hijo de Jesé, hombre conforme á mi corazón, que cumplirá todos mis preceptos."* Y ¿qué méritos pudo haber en el Rey Profeta, para que el mismo Dios hiciese de él tan expresivo panegírico? Los sufrimientos que diariamente se imponía por Él: ahí están sus inspirados Salmos, en que á cada frase parece transparentarse su agradecido y amante corazón. Entre muchos, préstanse á piadosas meditaciones y á la edificación de las almas que más subidos grados de amor hayan alcanzado, estos del Salmo XLIII: *"Todo el día tengo delante de los ojos mi ignominia, y está mi rostro cubierto de confusión, oyendo la voz del que me zahiere y llena de vituperios, y viendo triunfante á mi enemigo y perseguidor. Todas estas cosas nos han sobrevenido; mas no por eso nos hemos olvidado de Ti, ni hemos cometido iniquidad contra tu alianza. No se ha rebelado nuestro corazón, ni has permitido que se desviasen de tu senda nuestros pasos, aunque nos humillabas en el lugar de la aflicción, donde nos cubría la sombra de la muerte..... El hecho es que por amor de Ti estamos todos los días destinados á la muerte: somos reputados como ovejas para el matadero."* ¿No os parece descubrir á través de estas palabras del Profeta-Rey, cierto ánimo en gran manera esforzado para padecer, y cierta fidelidad á toda prueba para cumplir con la voluntad de su Dios, ansioso de hacérsele propicio, más por la amargura del cáliz que por su amor apuraba hasta las heces, que por las ruidosas victorias que un tiempo consiguiera para más extender la gloria de su adorable nombre? Y esta vida de trabajos y de dolor hemos de estar dispuestos á llevar todos los que por dicha nuestra nos gloriamos de vestir la honrosísima librea de Cristo Nuestro Señor; que *"los que son de Cristo, como escribe el Apóstol á los fieles de Galacia, tienen crucificada su propia carne con los vicios y las pasiones,"* esforzándose en extirparlas por su amor.